



Revista del Instituto de
Investigaciones Educativas
Año 9 N.º 16 (Diciembre 2005)

«HABILIDADES PARA LA VIDA. UNA PROPUESTA PARA UNA EDUCACIÓN INTEGRAL»

*Luz Marina Acevedo Tovar**

Una reflexión acerca de la educación integral en y desde el colegio, de la necesidad de educar, para asumir las exigencias, los retos de la sociedad actual y cómo esta educación debe ser responsabilidad de las escuelas y no de los hogares, los que atraviesan una situación crítica.

Hace algunos años un trágico acontecimiento hizo noticia en nuestra ciudad, se trataba de un joven que, aparentemente sin motivo alguno, atacó violentamente a dos personas, matando a una y dejando a la otra al borde de la muerte. Era un «buen muchacho» que había estudiado en un «buen colegio» y hasta ese momento no había presentado signo alguno de perturbación o enfermedad mental. Creo que en esa ocasión hubo mucha gente preguntándose: ¿Por qué?, ¿qué pudo pasar?, ¿cómo y por qué tanta violencia?, ¿cómo y por qué perdió el control?, ¿fueron tal vez las drogas? Desafortunadamente este no es un caso único ni es un caso aislado, a diario vemos en las noticias como crece la violencia en las calles, como crece también la violencia al interior de las familias, a tal punto que ya las noticias dejan de serlo para convertirse en rutina y entonces lo anti-natural se convierte en natural; la tragedia se convierte en lo cotidiano y

* Profesora principal de la Facultad de Educación, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Directora del Instituto de Investigaciones Educativas.

corremos el riesgo de insensibilizarnos ante el dolor y el sufrimiento de los protagonistas de esa tragedia y de no hacer nada y de no pensar en nada ¡total, si pasa siempre!

Hace unos días conversaba con una profesora de una universidad privada acerca de los casos de suicidios de jóvenes universitarios que son ocultados por sus familias, quienes, por razones obvias, disfrazan la causa de las muertes. ¿Acaso el suicidio es algo natural? Claro que no; y debemos y tenemos que preguntarnos una y otra vez: ¿Qué está pasando con nuestros niños y con nuestros jóvenes?

Los docentes «de carrera», aquellos que dedicamos nuestra vida a la docencia en cualquiera de los niveles de la educación formal, aquellos que aspiramos a ser educadores, no podemos dejar de sentirnos algo responsables ante estos hechos, porque ¿para qué educamos?, ¿cuál es la finalidad de la educación? ¿Acaso una finalidad importante no es proporcionar a los seres humanos en formación, es decir a nuestros alumnos, la posibilidad real y efectiva de desarrollar capacidades, habilidades, destrezas y actitudes que les permitan enfrentar los desafíos que les presenta la sociedad actual y asumir con éxito sus exigencias, presiones y tensiones? Porque esto es educar para la vida y es lo que debemos hacer; y entonces, ¿lo están haciendo los profesores en los colegios?, ¿lo estamos haciendo nosotros que en la universidad formamos a los que un día serán profesores de los colegios? Claro, esto tiene mucho que ver con aquello que consideramos nuestra competencia, me refiero a los límites de nuestra responsabilidad profesional. Tiene mucho que ver con nuestro paradigma, con aquello que tenemos en nuestras cabezas, con ese «disco duro» que es nuestra mente y con aquello que consciente o inconscientemente hemos «programado» en ella.

Si pensamos que la educación formal sólo debe limitarse a enseñar las diversas disciplinas de la ciencia y la cultura, tal vez entonces nos sentiremos tranquilos, porque lo que les ocurre a estos jóvenes no es nuestro problema. Pero entonces, ¿de quién es problema? ¿De ellos, de sus padres? No olvidemos que: a tomar decisiones se aprende, a comunicarse efectiva, asertivamente se aprende, a controlar sentimientos y emociones se aprende, el manejo del estrés se aprende, a fortalecer la autoestima se aprende y es evidente que estos aprendizajes son muy importantes para todos los aspectos de la vida, **para todos los aspectos**, no únicamen-

te para nuestra vida de relaciones sociales o para nuestra vida personal, también lo son para nuestra vida intelectual y académica; recordemos la importancia que tiene la experiencia personal, «idiosincrática» en los aprendizajes significativos y en los distintos procesos cognitivos.

Los aprendizajes de habilidades sociales, los aprendizajes emocionales y las actitudes son importantes y a pesar de la importancia que tienen, si bien son considerados al redactar los propósitos educativos: sean estos objetivos, competencias o capacidades, no están claramente definidos en términos de metodología didáctica o de estrategias de evaluación y muchos profesores en los colegios simplemente no encuentran el camino para hacer realidad en sus alumnos o evaluar aquello que se ha propuesto como propósito de su enseñanza.

Nuestra realidad educativa actual nos muestra que la inmensa mayoría de nuestros alumnos y nuestras alumnas estudian por y para ingresar algún día a la universidad y aprender una profesión o no ingresar a la universidad y aprender un oficio que les permita ganar dinero y solucionar de alguna manera el problema de su supervivencia. La pregunta es: ¿Debemos educar a nuestros niños y jóvenes sólo para que sean capaces de ganar dinero y sobrevivir? o ¿Debemos educar a nuestros jóvenes para que, sobre todo, tengan una vida digna, en la que sean capaces de relacionarse exitosamente consigo mismos, con las demás personas y con su entorno? Una vida en la que sean capaces de elegir hacer aquello que los hará felices, que se dediquen a construir y a luchar por aquello con lo que sueñan y no hablo de una educación irreal o de un romanticismo utópico, pero sí creo que los ideales y las utopías son necesarios porque dan sentido a la vida, la llenan de energía y de entusiasmo; y finalmente, ¿qué es la utopía? En algún lugar leí: *«la utopía está en el horizonte, me acerco dos pasos y ella se aleja dos pasos, me acerco dos pasos más y ella se vuelve a alejar dos pasos más. Por más que camine nunca la alcanzaré, entonces, ¿para qué sirve la utopía? Pues para eso, para caminar».*

Antiguamente se pensaba que al colegio se iba a aprender ciencia y cultura, a adquirir conocimientos y que la «educación» era una tarea del hogar y tal vez fue así en la época en que los padres de familia pasaban más tiempo con sus hijos y especialmente en la época en que las madres de familia se dedicaban a «su casa» y se convertían, de alguna manera, especialmente a través del ejemplo, en educadoras de sus hijos; pero la situa-

ción ha cambiado drásticamente, el hogar formalmente constituido, con un padre y una madre dedicados a la crianza de sus hijos, un hogar en armonía con la tranquilidad y la seguridad suficientes para crear el ambiente adecuado para la educación de los hijos, es cada vez más, una novela que una realidad; hace mucho que en nuestro país como en muchos otros países de la región no existen hogares modelo «Familia Ingalls».

Actualmente tenemos muchos tipos de familias: unas que se forman únicamente en torno a la madre y los hijos; y con el padre ausente, es la madre quien asume ambos roles; otras familias viven en conflicto y en ellas, la violencia, el maltrato, el abuso, es lo cotidiano. Y es que la mayoría de las familias en nuestro país viven en una situación crítica, muchas veces en la miseria, pero no se trata de una miseria sólo económica, sino también de una miseria cultural y moral. Y en esta situación, ¿la educación debe corresponder a la familia? Es imposible que los padres puedan dar algo que ellos mismos no poseen, entonces la única posibilidad de educación está en la educación formal, la educación escolar y de esa educación somos responsables nosotros los docentes.

Si queremos que nuestros niños y jóvenes tengan un futuro mejor y sean capaces de construir una sociedad mejor, la educación escolar tiene que cambiar, tiene que asumir decidida y frontalmente la tarea de educar, de formar y no sólo de informar; y una alternativa que se nos presenta, es la iniciativa de educar en «Habilidades para la vida». Como aparece en el documento «Marco Referencial» de la propuesta colombiana: «Habilidades para la vida, son fundamentalmente destrezas que le sirven a las personas para relacionarse mejor consigo mismas, con las demás personas y con el entorno». Y no digo que educar en «Habilidades para la vida» sea la panacea, no es una varita mágica que resolverá todos los problemas, pero es una decisión que puede significar el inicio del cambio, de ese cambio que todos deseamos, pero que finalmente nunca concretizamos. **La educación integral**, esa educación que incluye el aprendizaje de habilidades sociales, emocionales, aprendizaje de actitudes y valores, ahora puede convertirse en una realidad. La decisión es de todos nosotros.